

CAPÍTULO 7

“EN CERRO GORDO” CAP. 2 COMO EL AIRE DE ABRIL EN SEVILLA

ARTURO ECHAVARRIA

Levantó los ojos color ámbar del libro abierto y los dejó en él. La suavidad de la voz continuó con una sonrisa que él sabía que lo había estado escuchando desde que él había estado en el umbral del balcón— una larga explicación— y que extrañamente, mirarlo, aprobaba las palabras que él acababa de intercambiar con ellos. Los otros salieron fuera y él se quedó sentado.

—¿Qué lees?—

—Estaba mirando por encima esta novela— le mostró un pocketbook visiblemente estropeado por el uso y el descuido — que lei hace algún tiempo.

Señaló en dirección de la mesita a un costado donde se amontonaban en aparente desorden un número considerable de libros.

los barcos sossegados,
la universal orquesta de los astros.

Para tí, Jorge,
con mi mano levantando el espacio,
con mi pupila
atravesando
la lenta latitud de tu escena,
con mi sed
empujando tu sombra
más allá de la muerte,
con mi palabra cihéndose en las sienas
una corona de poesía.

Para tí,
Jorge Enjil,
estas semillas de
CAP. 2
COMO EL AIRE DE ABRIL
Río Piedras, Puerto Rico
Enero de 1980 - 1981 de poesía

ARTURO ECHAVARRIA

ARTURO ECHAVARRIA obtuvo el Bachillerato y una Maestría de la Johns Hopkins University. Luego obtuvo una segunda Maestría y el Doctorado de Lenguas y Literatura Románicas en Harvard University. Por invitación, ha dictado conferencias en las universidades Nacional Autónoma de México, California, Cornell, Harvard, París, Madrid, Milán y Bérghamo, entre otras. Ha sido profesor visitante en las universidades de Yale y de Brown. Su libro *Lengua y Literatura de Borges* (Barcelona: Ariel, 1983) obtuvo el primer premio de crítica literaria del P.E.N. Club de Puerto Rico. Tiene numerosos artículos publicados en revistas tales como: la Revista Iberoamericana, y la Nueva Revista de Filología Hispánica. Tiene dos cuentos publicados y en la actualidad dirige la Revista La Torre.

CAPITULO 2

Levantó los ojos color ámbar del libro abierto y los detuvo en él. La suavidad con que se configuraba el rostro se acentuó con una sonrisa que parecía confirmar el hecho de que lo había estado escuchando desde lejos, a pesar de haber mantenido largo tiempo —todo el que él había empleado en dar una larga explicación a la pareja de viejos amigos que se encontró en el umbral del balcón— la vista baja, puesta en la página impresa, y que extrañamente, aun a distancia y sin mirarlo, aprobaba las palabras que él acababa de intercambiar con ellos. Los otros salieron fuera y él se dirigió al sofá donde estaba sentada.

—¿Qué lees?— preguntó inclinándose muy cerca de ella, como si buscara algo en el texto.

—Estaba mirando por encima esta novela— le mostró un pocketbook visiblemente estropeado por el uso y el descuido — que leí hace algún tiempo.

Señaló en dirección de la mesita a un costado donde se amontonaban en aparente desorden un número considerable de libros de bolsillos. Aparte del que tenía entre las manos, él pudo vislumbrar, sobre la cubierta de otro, abandonado sobre un cojín en un extremo, el título dispuesto en las letras negras casi a pie de página: *A Coffin for Dimitrios*. Al dirigirse a él, su voz cobró aquel timbre ligeramente exótico —alguna *r* con trazos guturales, una que otra vocal entonada de modo inesperado— que había notado horas antes, al encontrarse con ella por primera vez. Se acercó aún más intentando repasar la página que ella marcaba con la mano pero sólo logró descifrar una frase larga antes de que, con un gesto brusco, cerrara el

libro, *The Thin Man*, y lo pusiera, junto a otros volúmenes en igual estado de deterioro, en la pequeña mesa contigua al sofá.

—Ya no más— dijo ella sonriendo otra vez. Él la miró con algo de asombro. Ella a su vez, pareció turbarse momentáneamente y una vena que corría por la frente desde la raíz del pelo al entrecejo, se insinuó, delgada y azul.

—¿Secretos tenemos?— No se cansaba de mirarla, ahora que podía demorarse en ello sin temor a parecer atrevido, y mientras buscaba sostenerla en una sola imagen, una sola de las múltiples que había ido acumulando durante toda aquella tarde, sentía en su cuerpo la conmoción de una urgencia, como si un día de mucho calor hubiera decidido meterse en el mar sin importarle por un instante la violencia del oleaje o las fuerzas de la resaca. Mirada de resaca, pensó, tiene mirada de resaca.

—Secretos no tenemos— dijo ella sin dejar de sonreír y cruzó las piernas —A lo mejor soy la única que tiene secretos— añadió.

—A lo mejor— contestó él — y adelante una solución al misterio: eres una lectora empecinada y furtiva de esas novelas [escabrosas].

—De esas, no tanto. De algún modo las siento ajenas a mí, un poco como un recién llegado que después de media hora de conversación descubres que no te interesa. Los personajes son, en general, poco apasionados a pesar de que hay muchas escenas de esas que llaman de dormitorio. Además, unos y otros se me mezclan en la cabeza de tal modo que después ni siquiera recuerdo las circunstancias exactas del crimen, mucho menos por qué lo cometieron. Hojeaba ésa a ver si me acordaba de lo que había pasado.

—¿Quién mató a quién?

—Salí igual que entré. Por casualidad la abrí en uno de los pocos pasajes pasionales.

—¿Instructiva?

Ella volvió a sonrojarse y la vena, fina y azul, reapareció en la frente. Él, a su vez, se sintió momentáneamente turbado. No pudo precisar si se había extralimitado, si había transgredido con aquella broma los límites imprecisos de una relación demasiado reciente cuyos puntos de apoyo y equilibrio aún desconocía. Temió malograr el diálogo, cortar de manera tan

brusca e involuntaria el hilo de palabras que los sujetaba el uno al otro.

Hacía escasamente unas horas que los habían presentado. El había llegado con retraso a la casa de Cerro Gordo. Por los automóviles estacionados en la entrada y en la carretera supuso que casi todos los invitados ya estaban allí. La invitación de Puco y Gladys Fernández, balbuciada con prisa y por teléfono, era para “después de las once”, lo que daba un amplio margen de tiempo a aquellos que harían el viaje desde San Juan. Pero ya eran las tres y, por el agitado sonido de voces, coligió que la bebida había estado fluyendo desde temprano. Al llegar a lo alto de la escalera que llevaba a un gran balcón sombreado de palmas y almendros, notó que Puco lo había divisado desde el fondo de la sala y, vaso en mano, se acercaba a saludarlo. Luego de algunos comentarios entremezclados de palmadas en la espalda en que se aludió al asunto de la puntualidad en la isla, el amigo lo tomó del brazo para acercarlo a un grupo que se encontraba en un costado del balcón. Le presentó a las tres parejas reunidas en esa esquina (“Aquí lo tenemos, recién liberado”, anunció con su habitual falta de tacto aludiendo a su divorcio reciente), y después de preguntar qué quería tomar “¿Whiskey con dos o tres hielos?”, inquirió refiriéndose a las “incontables manías” a que, según sus amigos, estaba sujeto, se alejó en la dirección del barcito que hacía las veces de comedor.

La había visto sentada en la baranda con la cabeza reclinada en uno de los postes de madera torneada que sostenía el techo. Llevaba el pelo liso contra la cabeza, anudado en la nuca y vestía un traje blanco, los hombros al descubierto, las mejillas tenuemente maquilladas, los labios de un rojo tan pálido que parecía rosa. Tenía un aire de ausencia momentánea, como si por voluntad propia se hubiera querido mantener plácidamente al margen del grupo y la conversación de los otros, insertándola en un cerco luminoso, se deslizara a su alrededor sin llegar a tocarla. Al acercarse a aquella esquina en compañía de Puco, ella se incorporó por unos instantes mientras se hacían las presentaciones y, luego de saludarlo, volvió a recostar la cabeza en el balaustre de madera. La impresión de distancia, que en modo alguno se presentía pasajera, le pareció, desde un primer momento, notable. Los demás, los Orfila,

él empleado de Fomento, ella estudiante de derecho en la Universidad, los Méndez, un matrimonio de jóvenes comerciantes y Jeff, gerente general de una compañía de seguros y a quien le habían presentado como el marido de la mujer sentada en la baranda, continuaron intercambiando impresiones sobre el valor de la tierra en aquella región. Por unos instantes, él se sintió tan aislado como ella. No sabía mucho de negocios y casi nada de asuntos de bienes raíces. Aventuró un par de comentarios inocuos y, aprovechando un silencio imprevisto, se dirigió por encima de los demás directamente a ella para preguntarle a qué se dedicaba. Al principio sólo sonrió, y luego dijo en una voz muy baja que, según la gente, nada.

—¿Nada?— preguntó él mientras se deslizaba hacia la baranda.— —Imposible. Nadie nunca hace en realidad nada. Eso será según la gente.

—Hay veces— replicó ella —que nada es nada, porque los otros lo declaran así.

En ese momento alguien gritó que la comida estaba lista, que pasaran a recoger platos y cubiertos. El grupo se deshizo y él la siguió con la vista mientras caminaba, un poco a la zaga del resto, rumbo al comedor.

Después del almuerzo, cuando los invitados se reorganizaban en círculos y semicírculos, unos en el patio, otros en el área del bar, y él intercambiaba en el balcón impresiones con conocidos a quienes no veía desde hacía tiempo, la volvió a ver, esta vez sentada en la sala con un libro abierto, y fue entonces que notó que a pesar de que parecía entregada a la lectura su atención estaba en realidad dividida: leía y a la vez escuchaba lo que él estaba diciendo.

—Instructivas no— dijo ella con firmeza —no hay mucho que se pueda aprender de esas novelas.

—¿Hablas de la violencia?

—En parte sí. Pero lo peor no es tanto la violencia, que de por sí es en muchas de ellas terrible y que a mí francamente me repele, sino que casi todo me parece demasiado esquemático.

—Si hablas de los personajes, estaría de acuerdo contigo. Hasta por el físico y el traje que usan se puede adivinar cómo van a ser.— Hizo una pausa.—Lo que equivale a qué van a decir.

—Bueno, no todos.

—Claro que hay excepciones. Pero la mayoría...— Volvió a hacer una pausa.—Pienso, por ejemplo, en el caso del alcohólico. Si alguien se le presenta con una botella de whiskey ya sabemos que el recién llegado le va a sacar al otro toda la información que necesita. Que puesta la vista en la botella, el primero no va a dejar de hablar, que va, como dicen, a cantar con abandono y hasta con alegría.

—Fíjate que no pienso tanto en los personajes. Más me perturba lo esquemático de las emociones.

—¿El que los que odian odien mucho y los que aman se arrebaten?

En sus palabras se podía notar cierto dejo de broma. Se servía de la exageración no para burlarse de ella, sino para incitarla a hablar más.

—No es tanto que odien o, como dices, se arrebaten. Lo que me parece inconsecuente...— Se contuvo y miró al suelo. Luego volvió a levantar la vista sin ponerla en lugar determinado.—...es eso mismo, el que sean inconsecuentes.

—Inconsecuentes por incoherentes.

—Quizá no sea esa la palabra que conviene.

—Si quieres decir que los resultados de esos encuentros pasionales— y entonó esa última palabra de modo especial —son, como muchos de esos encuentros, más bien mecánicos y nos dejan medio fríos, estaría de acuerdo contigo.

—No tanto el que sean mecánicos, y claro que lo son. Me refiero a que son pasiones sin expectativas.

El no respondió y se quedó mirándola. Más y más le admiraba aquella inteligencia como sobresaltada e inquieta que no parecía detenerse en parte alguna. Luego de unos instantes respondió.

—No sé si te entiendo.— Se detuvo en lo que buscaba un cigarrillo en uno de los bolsillos de la guayabera. Le ofreció el paquete pero ella indicó con un gesto que no fumaba. El encendió el suyo.

—Con eso de pasiones sin expectativas— continuó —¿quieres decir que son pasiones sin futuro? Porque...

—Eso no es lo que quiero decir— interrumpió ella pero él no pareció hacer caso de la interrupción.

—...porque me parece que en esas novelas los finales son bastantes contundentes. Se castiga a los malos. Las circunstancias se encargaran de aplastarlos. En cambio, a los buenos ...y a los buenos amantes, también... a esos no les esperan tardes lluviosas, sino las soleadas promesas de la mañana. El futuro finalmente se realiza y solamente deja de ser porque se ha convertido en un magnífico presente.

Él sonrió mientras exhalaba humo por la nariz.

—Te dije que no es eso lo que quería decir. — Había un filo de impaciencia en su voz. — Cuando dije sin expectativas estaba pensando en que son pasiones que salen de la nada. La mayoría de los personajes no están preparados para lo que va a pasar. Cuando se cumple por fin el arrebató, como tú dices, todo se desenvuelve en un vacío. No hay nada, digamos, que los justifique. Nada antes, nada después.

—¿No estarás pidiendo demasiado?

—Me parece que no.

—A mi me parece que estás siendo injusta.

—¿Ah sí?

—Sí, porque ahora pienso que estás comprando estos personajes con algunos de esos héroes y, sobre todo, heroínas de las novelas del siglo pasado. Todo allí se prepara poco a poco. Aquí importa menos eso que llaman el “desarrollo” del personaje.

—A lo mejor. Pero en realidad pienso que el mundo camina más de ese modo que del otro.

—¿Entonces todo se prepara poco a poco?

—Bueno, todo no. No creo que hayamos estado hablando de todo.

—Bien, concedido. Hablábamos de pasiones.

—Y de expectativas...

—Lo que se espera que sea.

Ella sonrió. Él se incorporó un momento para apagar el cigarrillo en el cenicero de lata que estaba en la mesita junto al sofá. Luego volvió a acomodarse.

—¿Y no te daría miedo que todo lo que desearas se cumpliera?

—Francamente es tan difícil que eso pase... si se piensa en todo... que no se me había ocurrido ni siquiera tenerle miedo.

Jeff había cruzado el balcón y se dirigía hacia donde estaban sentados. Era un hombre joven, corpulento tirando a

grueso y su rostro ahora mostraba una expresión semejante a la que él había notado cuando los presentaron poco después del medio día. Había algo en la conjunción de la boca y de los ojos que proyectaba una placidez despreocupada. Llevaba el pelo tan desusadamente corto que, por las puntas que asomaban en la región que bordeaba los oídos, aún desde lejos se podía apreciar cierta dificultad en mantenerlo peinado.

—Los echamos de menos allá abajo, en el patio— dijo ya junto a ellos, en un tono llano en el que no asomaba ni el reclamo ni el reproche.

—Si supieras lo que nos mantenía anclados aquí— dijo ella, tomando en sus manos el volumen estropeado de la mesa junto al sofá. —Esto.

Jeff, sin sentarse, cambió el peso de un pie a otro, delatando incomodidad e impaciencia.

—Ah, eso. Tú no lo vas a creer— dijo dirigiéndose a él— pero el tiempo que pasa pegada a páginas como esas casi asusta.

—No hay nada que temer— exclamó ella alzando un poco el tono de voz a la vez que colocaba de vuelta el libro en la mesa del lado. —Después de todo, tú te pasas viajando y con alguien tengo que hablar. ¿No crees?— añadió dirigiéndose a él, y la pregunta casi lo tomó por sorpresa porque, en primera instancia, no pudo ubicarla en el contexto del diálogo. No sabía si solicitaba su ayuda para afirmar que no había por qué temer o meramente para justificar su rutina de actividades.

—No, no me parece que haya nada de qué asustarse— respondió él, sonriendo.

Jeff volvió a mudar el peso de un pie a otro.

—Me parece, eso sí— dijo —que ya es hora que vayamos caminando.

Ella se puso de pie y él hizo lo mismo.

—Tendrás que venir a comer con nosotros una de estas noches.— Ella había recobrado su tono habitual.

—Sí, claro, tendrás que venir— añadió Jeff.

—Con mucho gusto.

Al despedirse, Jeff la tomó del brazo y, musitando que tenían que buscar a Gladys y Puco para dar las gracias, le encaminó hacia el fondo de la sala.

Se había hecho de noche. Unas lámparas de segunda mano, de esas astilladas o irremisiblemente pasadas de moda que alguien en la casa no se anima a desechar y que, llegado el momento, de súbito se descubre que son útiles en un lugar donde no hay que verlas a diario, iluminaban las habitaciones. El ruido del mar se sentía más insistentemente, quizás porque muchos ya se habían marchado y la conversación circulaba ahora tenue y como diluida por los espacios abiertos. Pablo pensó en tomar algo más en compañía de los que quedaban pero decidió que lo mejor era regresar a San Juan. Buscó a Pupo y Gladys para despedirse.

—¿Tan temprano te vas? —Puco, visiblemente congestionado por el alcohol, articuló la pregunta con dificultad.

—Bueno, tan temprano no es. Y además están los compromisos de mañana.

—Tú siempre pensando demasiado en mañana— dijo Puco dándole una palmada en el hombro un poco más fuerte de lo esperado.

—¿Y Gladys?
—Por ahí. Guía con cuidado— gritó mientras se alejaba tratando de caminar en línea recta.

Encontró a Gladys y se despidió de ella. Luego, en la oscuridad del carro, estuvo largo tiempo sin prender el motor, rodeado y como protegido por el canto de los animales nocturnos, recordando la larga conversación que ahora le parecía excesivamente articulada, casi inverosímil, y se sintió un poco transido, como si temiera alejarse de allí y romper algún círculo mágico que él, con su presencia, hubiera ayudado a inscribir.